

CIENTÍFICOS Y FILÓSOFOS ATEOS QUE CAMBIAN DE RUMBO

AUTOR: EUGENIO MOLERA

<u>1.-FRANCIS S. COLLINS</u>	1
<u>2.- C.S. LEWIS: la conversión de un filósofo</u>	3
<u>3.- DOSTOYEVSKI</u>	8
<u>4. TATIANA GORICHEVA</u>	12
<u>5. ANDRÉ FROSSARSD</u>	17
<u>6.- CHESTERTON</u>	20
<u>7.- EDITH STEIN</u>	23
<u>8.- NARCISO YEPES: La conversión de un periodista liberal</u>	25
<u>9.VITTORIO MESORI</u>	28
<u>Bibliografía</u>	34

CIENTÍFICOS Y FILOSOFOS ATEOS QUE CAMBIAN DE DIRECCIÓN.

1.-FRANCIS S. COLLINS

(Staunton, 14 de abril 1950)

“La ciencia tiene su campo de acción en la exploración de la naturaleza, pero es incapaz, de decirnos, por qué existe el universo, qué significado tiene nuestra vida o qué podemos esperar después de la muerte”.

En su libro ***¿Cómo habla Dios? La evidencia científica de la fe***, Collins confiesa que el descubrimiento del genoma humano le permitió vislumbrar el trabajo de Dios. Reivindica que, según él, hay bases racionales para un creador y que los descubrimientos científicos llevan al hombre más cerca de Dios. En *¿Cómo habla Dios?*, Collins examina y, posteriormente, rechaza el creacionismo de la Tierra joven y el diseño inteligente. Su propio sistema de creencias es la evolución teísta o creación evolutiva, en la que Dios es el actor que desencadena la evolución, como una especie de primer motor; que prefiere llamar *biólogos*

Collins explica que cuando da un gran paso adelante en el avance científico es un momento de alegría intelectual; pero es también un momento donde siente cercanía con el Creador en el sentido de estar percibiendo algo que ningún humano sabía antes, pero que Dios sí conocía desde siempre.

Es fundador de la Biólogos Fundación de la que forman parte «un equipo de científicos que creen en Dios y se han comprometido a promover una perspectiva de los orígenes de la vida que es a la vez teológica y científicamente sólida». La fundación promueve la búsqueda de la verdad en los reinos natural y espiritual y buscan la armonía entre estas diferentes perspectivas. Fue presidente de la fundación hasta que fue confirmado como director de los NIH.

En su libro, ***Como habla Dios***, Francis S. Collins tras una interesante introducción, empieza **el capítulo 1º** contando un poco su vida y su evolución intelectual: pasando del agnosticismo al ateísmo: *“Gradualmente me convencí de que todo en el universo se podía explicar con ecuaciones y principios de física. Cuando leí la biografía de Albert Einstein y descubrí que no creía en Yahvé, el Dios del pueblo judío, a pesar de su fuerte postura sionista después de la Segunda Guerra Mundial, reforcé mi conclusión de que ningún científico pensante podía sostener seriamente la posibilidad de la existencia de Dios sin cometer alguna clase de suicidio intelectual. Así que gradualmente pasé del agnosticismo al ateísmo. Me sentía muy cómodo al desafiar las creencias espirituales de cualquiera que las mencionara en mi presencia, y descartaba tales perspectivas como sentimentalismo y superstición fuera de moda.”*

Mi momento más difícil sucedió cuando una viejita que sufría diariamente por una severa e intratable angina me preguntó qué era lo que yo creía. Era una pregunta válida; habíamos hablado de muchos otros temas importantes de vida y muerte, y ella había compartido conmigo sus fuertes convicciones cristianas. Sentí que mi cara enrojecía mientras balbuceé las palabras “No estoy seguro”. Su obvia sorpresa puso en gran contraste un predicamento del que había estado

huyendo durante casi todos mis 26 años: nunca había considerado seriamente la evidencia a favor o en contra de la fe.”

“Ese momento me persiguió durante varios días. ¿No me consideraba a mí mismo un científico? ¿Sacaba un científico conclusiones sin considerar los datos? ¿Podría existir una pregunta más importante en toda la existencia humana que “existe Dios”? Y, sin embargo, allí estaba yo, con una combinación de ceguera deliberada y algo que sólo podía ser propiamente descrito como arrogancia, al haber evitado cualquier consideración seria de que Dios fuera una posibilidad real. De repente, todos mis argumentos parecían muy débiles, y tuve la sensación de que el hielo bajo mis pies se estaba quebrando.

Esta percepción fue una experiencia totalmente aterradora. Después de todo, si ya no podía confiar en la robustez de mi posición atea, ¿tendría que asumir la responsabilidad de algunas de mis acciones a las que preferiría no someter a escrutinio? ¿Debía responder a alguien además de a mí mismo? La pregunta era ahora demasiado imperiosa para evitarla.

Al principio confiaba en que una investigación completa sobre la base racional de la fe negaría todos los méritos de creer, y reafirmaría mi ateísmo. Pero decidí examinar los hechos sin importar el resultado. Así empecé un rápido y confuso estudio de las religiones más importantes del mundo “

En el cap. 2º

1) ¿Es Dios sólo una idea fantasiosa alrededor del cumplimiento de nuestros deseos? ¿Realmente existe Dios? ¿O la búsqueda de la existencia de un ser superior, tan presente e impregnada en todas las culturas que se han estudiado, representa un anhelo humano universal, pero sin fundamento por algo fuera de nosotros mismos que le diera sentido a una vida carente de él y aliviara el dolor de la muerte?

*Si bien la búsqueda de la divinidad se ha visto relegada en cierta forma en tiempos modernos por nuestras ocupadas y sobre estimuladas vidas, sigue siendo una de las luchas humanas más universales. C. S. Lewis, en su maravilloso libro *Sorprendido por la alegría*, describe este fenómeno en su propia vida como esa sensación de intenso anhelo, iniciada en su vida por algo tan sencillo como unas cuantas líneas de poesía, que él identifica como “alegría”. Él describe esa experiencia como “un deseo insatisfecho que es en sí mismo más deseable que cualquier otra satisfacción”.*

Francis S. Collins hace un balance personal de sus experiencias al respecto:

“Puedo recordar claramente algunos de esos momentos en mi vida, (...) Cuando tenía como diez años, recuerdo haber sido transportado por la experiencia de poder ver a través de un telescopio que un astrónomo amateur colocó en un campo alto en nuestra granja. Vi los cráteres de la luna y la maravillosamente diáfana luz de las Pléyades, fue en ese momento cuando tuve la sensación de la vastedad del universo. A los quince, recuerdo una nochebuena en que el contrapunto de un hermoso villancico de navidad se elevaba dulce y verdadero

sobre la melodía más familiar, dejándome con una sensación de inesperado sobrecogimiento y un anhelo por algo que no podía nombrar. Mucho más tarde, siendo un estudiante graduado y ateo, me sorprendió la experiencia de la misma sensación de sobrecogimiento y anhelo, esta vez mezclada con una particular sensación de dolor, al escuchar el segundo movimiento de la tercera sinfonía Heroica de Beethoven. Mientras el mundo se condolía por la muerte de los atletas israelíes asesinados en los juegos olímpicos de 1972, la filarmónica de Berlín tocaba las poderosas notas de este lamento en do menor en el estadio Olímpico, mezclando juntos nobleza y tragedia, vida y muerte. Durante unos momentos, me sentí elevado sobre mi concepción materialista del mundo hacia una dimensión espiritual indescriptible, una experiencia que me resultó realmente sorprendente.

Más recientemente, para un científico que en ocasiones tiene el notable privilegio de descubrir algo que antes no era conocido por el ser humano, existe una clase especial de alegría asociada con esa clase de vislumbres de percepción. **Habiendo percibido el resplandor de la verdad científica, encuentro a la vez una sensación de satisfacción y un anhelo de comprender una Verdad aún más grande.** En tales momentos, la ciencia se convierte en algo más que un proceso de descubrimiento: transporta al científico hacia una experiencia que desafía una explicación exclusivamente naturalista.

En este momento Francis, se hace la pregunta clave:

Entonces, ¿qué debemos concluir de estas experiencias? Y ¿qué es esta sensación de anhelo por algo más grande que nosotros mismos? ¿Es esto solamente y nada más que alguna combinación de neurotransmisores que aterrizan precisamente en los receptores adecuados y disparan una carga eléctrica en alguna parte profunda del cerebro? ¿O al igual que la ley moral descrita en el capítulo anterior, un presentimiento de lo que nos espera, una señal colocada en lo profunda del espíritu humano que apunta hacia algo mucho más grande que nosotros?

2.- C.S. LEWIS: la conversión de un filósofo

Ateísmo

C. S. Lewis fue un hombre lleno de amigos, libros y alumnos. Nació en 1898, y en 1925 ya enseñaba filosofía y literatura en Oxford. Hasta su muerte en 1963 fue un profesor eminente, autor de célebres ensayos, cuentos y libros de texto. Su vida está marcada por su conversión al cristianismo a la misma edad que San Agustín. Ese giro radical lo explica y justifica en un puñado de libros escritos con un estilo vivo y una lógica apabullante. Lewis domina el arte de argumentar. Su dialéctica apura la ironía y la sutileza, tal y como confiesa haber aprendido de uno de sus profesores: *"Si alguna vez ha existido un hombre que fuera casi un ente puramente lógico, ese hombre fue Kirk (...). Le asombraba que hubiera quien no deseara que le aclarasen algo o le corriegiesen (...). Al final, a menos que me sobreestimé, me convertí en un "sparring" nada despreciable. Fue un gran día aquél en que el hombre que durante tanto*

tiempo había peleado para demostrar mi imprecisión, me acabó advirtiéndome de los peligros de tener una sutileza excesiva".

Lewis era ateo porque, desde la temprana muerte de su madre, sentía el universo como un espacio terriblemente frío y vacío, donde la historia humana era en gran parte una secuencia de crímenes, guerras, enfermedades y dolor. *"Si me piden que crea que todo esto es obra de un espíritu omnipotente y misericordioso, me veré obligado a responder que todos los testimonios apuntan en dirección contraria".*

Pero esta argumentación no era, ni mucho menos, definitiva: *"La solidez y facilidad de mis argumentos planteaban un problema: ¿Cómo es posible que un universo tan malo haya sido atribuido constantemente por los seres humanos a la actividad de un sabio y poderoso creador? Tal vez los hombres sean necios, pero es difícil que su estupidez llegue hasta el extremo de inferir directamente lo blanco de lo negro".*

En cualquier caso, Lewis se sentía más cómodo en su ateísmo: *"Para un cobarde como yo, el universo del materialista tenía el enorme atractivo de que te ofrecía una responsabilidad limitada. Ningún desastre estrictamente infinito podía atraparte, pues la muerte terminaba con todo (...). El horror del universo cristiano era que no tenía una puerta con el cartel de "Salida"".*

En 1917 se incorpora al frente francés de la primera guerra mundial. Un año más tarde cae enfermo y es enviado al hospital de *Le Tréport*, donde permanecerá tres semanas. *"Fue allí donde leí por primera vez un ensayo de Chesterton. Nunca había oído hablar de él ni sabía qué pretendía. Tampoco puedo entender demasiado bien por qué me conquistó tan inmediatamente. Se podría esperar que mi pesimismo, mi ateísmo y mi horror hacia el sentimentalismo hubieran hecho que fuera el autor con el que menos congeniase (...). Al leer a Chesterton, como al leer a MacDonald, no sabía dónde me estaba metiendo".*

Al acabar la guerra estudia en Oxford filosofía y literatura inglesa. Son años de intensa formación intelectual y de innumerables lecturas. Pero sus libros y autores preferidos no compartían su visión de la vida: *"Todos los libros empezaban a volverse en mí contra (...). George MacDonald había hecho por mí más que ningún escritor, pero era una pena que estuviese tan obsesionado por el cristianismo. Era bueno a pesar de eso. Chesterton tenía más sentido común que todos los escritores modernos juntos..., prescindiendo, por supuesto, de su cristianismo. Johnson era uno de los pocos autores en los que me daba la impresión de que se podía confiar totalmente, pero curiosamente tenía la misma chifladura. Por alguna extraña coincidencia a Spencer y Milton les pasaba lo mismo. Incluso entre los autores antiguos iba a encontrar la misma paradoja. Los más religiosos (Platón, Esquilo, Virgilio) eran claramente aquellos de los que podía alimentarme de verdad. Por otro lado, con los escritores que no tenían la enfermedad de la religión y con los que, teóricamente, mi afinidad tenía que haber sido total (Shaw, Wells, Mill, Gibbon, Voltaire), esta afinidad me parecía un poco pequeña. No era que no me gustaran. Todos ellos eran entretenidos, pero nada más. Parecían poco*

profundos, demasiado simples. El dramatismo y la densidad de la vida no aparecían en sus obras".

Terminó sus estudios con las máximas calificaciones y pasó a formar parte del claustro de profesores del *Magdalen College*. Allí, nuevos amigos provocarían "la caída de los viejos prejuicios":

Al entrar por primera vez en el mundo me había advertido (implícitamente) que no confiase nunca en un papista, y al entrar por primera vez en la Facultad (explícitamente), que no confiara nunca en un filólogo. Tolkien era ambas cosas.

En el Magdalen enseña filosofía, pero su aguado hegelianismo no le resulta muy útil a la hora de enfrentarse a una tutoría: *Un tutor debe aclarar las cosas, y yo no podía explicar el Absoluto de Hegel. ¿Te refieres a nadie-sabe-qué, o te refieres a una mente sobrehumana y por tanto (también podemos admitirlo) a una persona?*

Conversión

Cuando vuelve a leer a Chesterton, el ateísmo de Lewis tiene los días contados.

"Después leí el Everlasting Man de Chesterton, y por primera vez vi toda la concepción cristiana de la historia expuesta de una forma que parecía tener sentido (...). No hacía mucho que había terminado el Everlasting Man cuando me ocurrió algo mucho peor. A principios de 1926, el más convencido de todos los ateos que conocía se sentó en mi habitación al otro lado de la chimenea y comentó que las pruebas de la historicidad de los Evangelios eran sorprendentemente buenas. "Es extraño", continuó, "esas majaderías de Frazer sobre el Dios que muere. Extraño. Casi parece como si realmente hubiera sucedido alguna vez". Para comprender el fuerte impacto que me supuso tendrías que conocer a aquel hombre (que nunca ha demostrado ningún interés por el cristianismo). Si él, el cínico de los cínicos, el más duro de los duros, no estaba a salvo, ¿a dónde podría volverme yo? ¿Es que no había escapatoria?"

Lewis se siente acorralado y nos describe su situación con una imagen muy británica: *"La zorra había sido expulsada del bosque hegeliano y corría por campo abierto "con todo el dolor del mundo", sucia y cansada, con los sabuesos pisándole los talones. Y casi todo el mundo pertenecía a la jauría: Platón, Dante, MacDonald, Herbert, Barfield, Tolkien, Dyson, la Alegría. Todo el mundo y todas las cosas se habían unido en mi contra".*

Siente entonces que su Dios filosófico empieza a agitarse y a levantarse, se quita el sudario, se pone en pie y se convierte en una presencia viva. La filosofía deja de ser un juego lógico desde que ese Dios renuncia a la discusión y se limita a decir: "Yo soy el Señor". *"Debes imaginarme solo, en aquella habitación del Magdalen, noche tras noche, sintiendo, cada vez que mi mente se apartaba del trabajo, el acercamiento continuo, inexorable, de Aquél con quien, tan*

encarecidamente, no deseaba encontrarme. Al final, Aquél a quien temía profundamente cayó sobre mí. Hacia la festividad de la Trinidad de 1929 cedí, admití que Dios era Dios y, de rodillas, recé. Quizá fuera aquella noche el converso más desalentado y remiso de toda Inglaterra".

"Hasta entonces yo había supuesto que el centro de la realidad sería algo así como un lugar. En vez de eso, me encontré con que era una Persona".

Y el día que identifica a Jesucristo con esa Persona sabrá que ha dado su último paso, y lo recordará siempre: *"Me llevaban a Whipsnade una mañana soleada. Cuando salimos no creía que Jesucristo fuera el Hijo de Dios, y cuando llegamos al zoológico, sí. Pero no me había pasado todo el trayecto sumido en mis pensamientos, ni en una gran inquietud (...). Mi estado se parecía más al de un hombre que, después de dormir mucho, se queda en la cama inmóvil, dándose cuenta de que ya está despierto".*

El problema del dolor

El ateísmo de Lewis había sido fruto de su pesimismo sobre el mundo: *"Algunos años antes de leer a Lucrecio ya sentía la fuerza de su argumento, que seguramente es el más fuerte de todos en favor del ateísmo: Si Dios hubiera creado el mundo, no sería un mundo tan débil e imperfecto como el que vemos".*

Años después de su conversión, en 1940, Lewis escribe por encargo *The problem of pain* (El problema del dolor). Si Dios fuera bueno y todopoderoso, ¿no podría impedir el mal y hacer triunfar el bien y la felicidad entre los hombres? En esas páginas que se han hecho famosas, Lewis reconoce que *"es muy difícil imaginar un mundo en el que Dios corrigiera los continuos abusos cometidos por el libre albedrío de sus criaturas. Un mundo donde el bate de béisbol se convirtiera en papel al emplearlo como arma, o donde el aire se negará a obedecer cuando intentáramos emitir ondas sonoras portadoras de mentiras e insultos".*

"En un mundo así, sería imposible cometer malas acciones, pero eso supondría anular la libertad humana. Más aún, si lleváramos el principio hasta sus últimas consecuencias, resultarían imposibles los malos pensamientos, pues la masa cerebral utilizada para pensar se negaría a cumplir su función cuando intentáramos concebirlas. Y así, la materia cercana a un hombre malvado estaría expuesta a sufrir alteraciones imprevisibles. Por eso, si tratáramos de excluir del mundo el sufrimiento que acarrea el orden natural y la existencia de voluntades libres, descubriríamos que para lograrlo sería preciso suprimir la vida misma".

Pero esto no muestra **el sentido del dolor**, si es que lo tiene. Ni demuestra que Dios pueda seguir siendo bueno cuando lo permite. Para intentar explicar este misterio Lewis recurre a la que quizá sea la más genial de sus intuiciones. *"El dolor, la injusticia y el error –nos dice– son tres tipos de males con una curiosa diferencia: la injusticia y el error pueden ser ignorados por el que vive dentro de ellos, mientras que el dolor, en cambio,*

no puede ser ignorado, es un mal desenmascarado, inequívoco: toda persona sabe que algo anda mal cuando ella sufre. Y es que Dios –afirma Lewis– nos habla por medio de la conciencia, y nos grita por medio de nuestros dolores: los usa como megáfono para despertar a un mundo sordo".

Lewis explica que *"un hombre injusto al que la vida sonrío no siente la necesidad de corregir su conducta equivocada. En cambio, el sufrimiento destroza la ilusión de que todo marcha bien".*

"El dolor como megáfono de Dios es, sin la menor duda, un instrumento terrible. Puede conducir a una definitiva y contumaz rebelión. Pero también puede ser la única oportunidad del malvado para corregirse. El dolor quita el velo de la apariencia e implanta la bandera de la verdad dentro de la fortaleza del alma rebelde"

¿Dios o las leyes de la naturaleza?

A Lewis le cuenta un amigo el caso de una pobre mujer que cree que su hijo sobrevivió a la batalla de Arnhem porque ella rezó por él. Sería cruel explicarle que, en realidad, sobrevivió porque se hallaba un poco a la izquierda o un poco a la derecha de las balas, que seguían una trayectoria prescrita por las leyes de la naturaleza. Lewis responde que "la bala, el gatillo, el campo de batalla y los soldados no son leyes de la naturaleza, sino cosas que obedecen a las leyes. Y lo ilustra con este ejemplo: podemos añadir cinco dólares a otros cinco, y tendremos diez dólares, pero la aritmética por sí misma no pondrá un solo dólar en nuestros bolsillos. Eso significa que las leyes explican todas las cosas excepto el mismo origen de las cosas, y esa es una inmensa excepción".

Lewis concluye su argumentación con una deslumbrante comparación literaria:

"En "Hamlet" se rompe una rama y Ofelia cae al río y se ahoga. ¿Ocurre el suceso porque se rompe la rama o porque Shakespeare quiere que Ofelia muera en esa escena? Puedes elegir la respuesta que más te guste, pero la alternativa no es real desde el momento en que Shakespeare es el autor de la obra entera".

3.- DOSTOYEVSKI

“Que haremos, si Dios no existe, ¿si resulta que Rakitin tiene razón al pretender que es una idea inventada por la humanidad? En ese caso, el hombre sería el rey del mundo, Magnífico. Pero yo me pregunto cómo podría obrar bien sin Dios, a quien amaría el hombre entonces, a quién cantaríamos himnos de alabanza”.

(Moscú, 11 de noviembre de 1821-San Petersburgo, 9 de febrero de 1881) es uno de los principales escritores de la Rusia zarista cuya literatura explora la psicología humana en el complejo contexto político, social y espiritual de la sociedad rusa del siglo XIX.

Extensa y a veces profunda, en el pensamiento actual, es la influencia del célebre escritor ruso, quizá el alma más grande del mundo moderno. [...] Ha dado muchísimo a la filosofía, bien porque ha vivido sus problemas, bien por la influencia que ha ejercido en el pensamiento europeo de los últimos cincuenta años. **Es considerado uno de los más grandes escritores de Occidente y de la literatura universal. De él dijo Friedrich Nietzsche:** *«Dostoyevski, el único psicólogo, por cierto, del cual se podía aprender algo, es uno de los accidentes más felices de mi vida».*

Los personajes de sus novelas - no hombres reducidos a símbolos abstractos de ideas, sino ideas encarnadas e invadas en criaturas terriblemente vivas están siempre suspendidos entre el mal y el bien, el pecado y el instante inminente de la salvación, entre la desesperación y la fe, entre la caída en la nada y el «salto» en Dios. Cada uno es un momento, una pulsación de la trágica lucha interior del hombre que combate entre la aspiración a los más altos niveles del espíritu y el mal que le rechaza hacia los abismos profundos. ¿Qué es lo que se opone a que el hombre se libre de la atracción del abismo cada vez que trata de desplegar y de elevarse? Para Kierkegaard, se opone la filosofía sistemática de la milagrosa razón que todo lo resuelve y todo lo arregla; para Dostoievski, la sociedad, con su orden constituido, con sus tradiciones y costumbres, instituciones y jerarquías, con la inviolabilidad de las reglas de la moral común, que condena inexorablemente al que no se adapta a ella y le separa de la vida. ¿Qué abismo de humanidad, de bien y de mal hay en los desechos sociales, que viven? ¿en los barrios bajos, humillados y ofendidos, tarados psíquicos? ¿Tiene la sociedad constituida el derecho de condenarles, y sobre todo, de permanecer indiferente, encerrada dentro de sus leyes y en su «virtuoso» egoísmo, hostil y distante de la tormenta de un alma que se ha manchado de delito y que es capaz de sufrirlo en lo profundo de su conciencia durante toda la vida? ¿Tiene la sociedad el derecho de poner obstáculos en nombre de la defensa del «orden» y de la «normalidad» a todo movimiento del individuo, de obligar al «individuo» a vivir y a pensar como la condición social exige que viva y que piense?

Todas las experiencias de Fiódor M. Dostoievski durante sus años de prisión y trabajos forzados, aunadas a las no menos profundas vivencias que tuvo como jugador compulsivo, a su propia enfermedad –epilepsia-, a su carácter neurótico, a sus complejas relaciones amorosas, al conocimiento de innumerables caracteres tan distintos, y a todo lo que sólo él mismo supo que vivió, necesariamente dotaron la cosmovisión de los últimos años de Dostoievski de un sesgo intensamente moral, a veces místico y, sin duda, cristiano. No fue, al modo como le sucedió a Tolstoi, una necesidad de purificación personal frente a los pecados cometidos durante su vida; más bien, la certidumbre final de que no podría hablarse de humanidad sin que con ello se remitiese a una condición moral establecida:

“Dostoievski (...) parte de una cuestión muy simple: cuando el hombre se declara su propio dueño, ¿cómo sabe si actúa bien o mal? Pues si los seres humanos están autorizados a promulgar su propia ley moral, nada impedirá a algunos promulgar una ley que, por ejemplo, les autorice a matar. Imaginémonos a un hombre profundamente convencido de su superioridad sobre sus semejantes (...), puesto que él es el único arbitro de su propia conducta, este individuo se arroga el derecho de matar a un vecino que practica el vergonzoso oficio de usurero y que, por consiguiente, no merece vivir, por lo menos, según la opinión tranquilamente madurada de nuestro personaje. ¿Quién tendrá el derecho de juzgar las pretensiones de nuestro héroe...? ¿Y quién le dirá al héroe que no pertenece al grupo de las almas bondadosas?”.

Estas palabras, escritas por Pavel a propósito de Raskólnikov – protagonista de *Crimen y Castigo*-, ayudan a comprender la naturaleza compleja del asunto. Dostoievski no parte de una creencia *a priori* de la moral, esto es, no plantea de entrada que dios deba determinar los valores de sus acciones; más bien, señala que el hombre debe colegir que, sin una determinación universal, la relatividad moral convertirá al mundo en un escenario de injusticias y excesos. En otras palabras, confía en que la conciencia y el examen que cada hombre hace de sus actos pronto los colocará en la ruta de una moral correcta.

En **“Bobok” (1873)** empieza a explicitarse esta idea, cristalizándose a modo de crítica frente a la inmoralidad que el hombre personifica mientras vive. La trama de la historia es la siguiente: un hombre acompaña un cortejo fúnebre hasta el cementerio, pero hastiado un poco de la procesión, decide recorrer solo los diferentes caminos; de un momento a otro, se percata de unas voces bastante finas que dialogan entre sí; le cuesta reconocer que se trata de un diálogo entre las almas de personas recientemente muertas, las cuales tratan de ajustarse a su nueva condición y realizan el examen de su pasado. **Es una recreación más o menos aproximada del purgatorio:**

“(...) Aquí, el cuerpo parece revivir de nuevo, los restos de la vida se concentran, pero sólo en el nivel de la conciencia. Es decir (no sé cómo explicárselo) que la vida continúa como por inercia. Todo está concentrado... en algún lugar de la conciencia, y continúa así dos o tres meses más... a veces incluso hasta seis. Aquí, por ejemplo, hay uno que ya está casi descompuesto, pero una vez cada seis semanas, de pronto, balbucea una palabreja, claro que, sin sentido alguno, algo así como bobok: ‘¡Bobok, bobok!’; lo que quiere decir que en su cuerpo todavía arde vida en forma de invisible chispa...”

Esa insistencia de Dostoievski en el fragmento anterior de situar una vida concentrada en la conciencia tiene un sentido moral claro: el ser humano tiene la necesidad de encuadrar en ella la justificación de sus acciones y, luego, de reconciliarse con la vida en caso de que haya ido en contravía de la virtud. En últimas, lo que pretende Dostoievski es llamarnos la atención acerca de lo apresurado que vivimos en muchas ocasiones, al punto de saltarnos el examen moral de nuestros actos, algo que implica la ignorancia, la ceguera frente a todo lo que hacemos.

La misma convicción está en la base de “*El Sueño de un Hombre Ridículo*” (1877), relato en el que un hombre experimenta la gracia divina durante uno de sus sueños. El sujeto se mostraba siempre huraño e indolente, pero he aquí que, cierta noche, contempla mientras duerme el paraíso: una tierra cuya hierba arde “desprendiendo luz de aromáticas flores”, donde los ojos de la gente brillan felices, y todos se preocupan por borrar de su rostro las huellas del sufrimiento. Es el encuentro con el más bello ejemplo de armonía y belleza, pero él lo pervierte; se trata de un sueño que duró milenios –explica-, tiempo en el que sobre aquella perfección vertió la mentira, la lujuria, la propiedad privada y la ciencia.

De alguna manera, en este relato se encuentra implícita la idea del pecado original, esa carga que siempre penetra en todos los lugares para degenerarlos, y que simboliza la condena del hombre a errar y autodestruirse. Asimismo, como Dostoievski asocia tan usualmente en el texto el progreso con el mal, la ciencia con esa verdad artificial que menoscaba la unidad de la naturaleza, es posible deducir también que el autor propone un reencuentro con la sustancia de las cosas; ese es su misticismo: la observación de un lenguaje que está fluyendo siempre por el cosmos y que indica, a quien sabe interpretarlo, el modo de ganarse su propia eternidad.

Ahora bien, el hecho de que Dostoievski recurra en ocasiones a este lenguaje místico, religioso, no implica que su dictamen se ubique en un plano enteramente metafísico. Todo lo contrario, de forma reiterativa, en los textos de sus últimos años está remarcando y denunciando al pueblo ruso: así ocurre, por ejemplo, en “***El Niño con la Manita***” (1876), relato en el que su juicio cae sobre la indolencia de todos aquellos que esquivan la mirada cuando saben

que tropezarán en la calle con el hambre, con el rostro de la necesidad. El título del cuento hace referencia a uno de esos niños que levanta su mano al transeúnte que pasa esperando obtener de él alguna moneda para llevar a casa.

En la historia, su protagonista muere de frío en algún rincón olvidado de San Petersburgo, al tiempo que su madre hace lo propio en el no menos frío rincón donde pasa su enfermedad. **Hay en este relato ese sabor amargo de Dickens y Twain, también ese remordimiento frustrante de “Los Ojos de los Pobres” de Baudelaire sólo que Dostoievski intercala en su narración ciertos pasajes religiosos que le confieren un tipo de reflexión más espiritual: en cada uno de nosotros recae la culpa de la miseria, pues con nuestros propios actos la hemos propiciado, o en todo caso, nuestro silencio la ha venido legitimando a lo largo de los siglos.**

En “**Vlas**” (1877) es palpable otra denuncia al pueblo ruso, esta vez hecha con un lenguaje mucho más directo, visceral. Un par de amigos apuestan queriendo saber quién es capaz de cumplir la mayor osadía, y uno de ellos –impelido por el otro- entrará a una iglesia y comulgará, pero no tragará la hostia, pues la tiene destinada para dispararle un tiro con su escopeta. De esta blasfemia, si se nos permite el término, Dostoievski desprende la enfermedad de su sociedad, condenada por la inmoralidad, el pillaje, y una propensión casi patológica hacia el crimen:

“Un hombre de corazón excepcional puede de pronto convertirse en un ser repugnante, un bribón o un criminal, con sólo caer en ese torbellino, fatal vorágine nuestra, de la convulsiva auto negación y la autodestrucción momentánea, tan propias de las características del pueblo ruso, cruciales en ciertos momentos de nuestra vida. Sin embargo, con la misma fuerza, la misma obcecación y el mismo instinto de conservación y penitencia, el hombre ruso, igual que todo el mundo, cuando llega al límite y ya no hay adónde ir, va y, de la forma más natural, se salva a sí mismo (...) Jamás, aun en los momentos más triunfales de su historia, lleva él un semblante orgulloso y triunfal, sino, por el contrario, un aspecto enternecido hasta el sufrimiento: respira a pleno pulmón entregando su gloria a la gracia del Señor”.

Dostoievski es un autor que está en la cúspide de las plumas universales. Son los nombres de un universo luminoso que bien podría conjuntar nombres como los de los autores de la Biblia, las literaturas sagradas asiáticas, Homero, Sófocles, Séneca, Virgilio, Dante, Rebeláis, Shakespeare, Cervantes, Quevedo, Sor Juana, Milton, Goethe, Poe, Tolstoi y más recientemente Kafka, Joyce, Saint-Exupéry, Tolkien, Borges, Paz y un etcétera de fondo más que de extensión. Y esto solo apelando a una especie de canon occidental ampliado.

La obra de Dostoievski es necesaria para configurar nuestra existencia cotidiana, para comprender el dolor en este mundo, para entender la búsqueda de Dios y para entender la fragilidad humana que compartimos y que amerita una atención a favor de la unidad

Dostoievski es la condena del humanismo ateo, tanto en la forma marxista como en la nietzscheana, ya sea escéptico o pragmatista, existencialista o absurdista; y por ello es uno de los maestros del humanismo verdadero, cristiano y teísta, auténticamente humano.

4. TATIANA GORICHEVA

Tatiana Goritcheva nació en Leningrado en 1947. Estudió filosofía y radiotecnica. Como ella misma expone en el relato de su conversión, su juventud fue una muestra típica de lo que era capaz de producir el sistema ateo soviético, a excepción quizá de una cierta inquietud intelectual que sus estudios de filosofía le habían despertado. A los 26 años se convirtió al cristianismo. *"Si alguien me pregunta -relata ella- qué significa para mí el retorno a Dios, qué es lo que esa conversión me ha hecho patente y cómo ha cambiado mi vida, puedo contestarle con toda sencillez y brevedad: lo significa todo. Todo ha cambiado en mí y a mí alrededor. Y, para decirlo con mayor precisión aún: mi vida empezó sólo después de haber encontrado a Dios".* **Pocos años después, en 1984, puso por escrito el relato de su conversión.**

A continuación, se expone un relato apasionante de su vida entresacado de algunos textos de su obra *"Hablar de Dios resulta peligroso"*.

De ningún sitio a ninguna parte

"Para las personas que han crecido en países occidentales no es fácil entender. Han nacido en un mundo de tradiciones y normas, aunque ya no puedan considerarse totalmente estables. Esas personas han podido desarrollarse de una manera "normal", leyendo los libros que han querido, eligiendo sus amigos y haciendo la carrera que han preferido. Han podido viajar a cualquier país. O han podido retirarse del mundo, para cuidar amorosamente de su familia, para encerrarse en un monasterio o dedicarse a la ciencia, eligiendo para ello el mejor lugar. Yo he nacido, por el contrario, en un país en que los valores de la cultura religión y moral fueron arrancados de raíz, de manera intencional y con éxito. Yo no vengo de ninguna parte ni voy a ningún lugar. Carezco de raíces y he tenido que caminar hacia un futuro vacío y absurdo.

Yo lo odiaba todo.

Cuando era adolescente, una amiga mía se quitó la vida a los quince años porque no pudo soportar lo que le rodeaba. Dejó una nota que decía: "Soy una persona muy mala", cuando era una criatura de corazón extraordinariamente puro, que no sufría la mentira, y que jamás pudo mentirse a sí misma. Aquella muchacha se quitó la vida al descubrir que no vivía como hubiera debido hacerlo y porque de alguna manera tenía que romper el vacío que le rodeaba y encontrar la luz. Pero no encontró el

verdadero camino... Hoy, veinte años después de su muerte, yo puedo expresar lo mismo en un lenguaje cristiano. Mi amiga había descubierto su condición de pecadora. Había descubierto una verdad fundamental, a saber: que el hombre es débil e imperfecto, pero no alcanzó a conocer la otra verdad, aún más importante, que Dios puede salvar al hombre, arrancarlo de su condición de caído y sacarlo de las tinieblas más impenetrables. De esa esperanza nadie le había hablado, y murió oprimida por la desesperación.

Cínica resentida y sin escrúpulos.

*Personalmente no podía compararme con mi amiga en sus dotes espirituales. Yo vivía como una bestezuela acorralada y furiosa, sin erguirme jamás y sin levantar la cabeza, sin hacer intento alguno por comprender o decidir algo. En las redacciones escolares escribía -como era de ley- que amaba a mi patria, a Lenin y a mi madre, pero eso era pura y llanamente una mentira. Desde mi infancia odié todo lo que me rodeaba; odiaba a las personas con sus minúsculas preocupaciones y angustias, más aún me repugnaban; odiaba a mis padres que en nada se diferenciaban de todos los demás, y que se habían convertido en mis progenitores por pura casualidad. Oh, sí, yo enloquecía de rabia al pensar que, sin deseo alguno de mi parte, y de modo totalmente absurdo, me habían traído al mundo. Odiaba hasta la naturaleza con su ritmo **eternamente** repetido y aburrido, verano, otoño, invierno... Lo único que yo amaba era la soledad absoluta.*

Leía y leía para no pensar.

Más tarde, cuando ya supe leer, me parapetaba tras los libros... Sólo en ellos se vive sin angustia, sin postergaciones, engaños, y atropellos, sólo en los libros no se vive en una mentira permanente...

El desprecio que alentaba en mi interior no fue obstáculo, sin embargo, para que externamente pasase por una niña tranquila y con éxito, que siempre destacaba por sus logros especiales, alabada por los profesores y querida por los compañeros. Naturalmente yo no me daba cuenta de lo incoherente de mi conducta, mi razón y mi conciencia callaban.

Educada en el orgullo

Nadie me había dicho que el amor está por encima de todo

Y en la escuela, por supuesto, sólo se fomentaban las cualidades externas y "combativas". Con esto se reforzó más mi orgullo, floreciendo plenamente. Mi meta fue entonces ser más inteligente, más capaz, más fuerte que los demás. Pero nadie me dijo nunca que el valor supremo de la vida no está en superar a los otros, en vencerlos, sino en amarlos. Amar hasta la muerte, como únicamente lo hiciera el Hijo del hombre, al que nosotros todavía no conocíamos.

Existencialista

Es bien sabido que mi generación dio muchísimos seguidores de Nietzsche. A Nietzsche lo leí cuando tenía diecinueve años (mientras que el Evangelio sólo lo leí a los veintiséis) y de inmediato me gustó mucho, como me gustaron también Sartre, Camus, Heidegger, y la filosofía existencialista, rebelde y tan cercana a nosotros. En los años de la liberalización, eran autores en parte permitidos, cuyas traducciones empezaron a circular. Para nosotros el existencialismo fue el primer sorbo de libertad, la primera palabra sincera que no estaba prohibida...

Descubriendo verdaderos valores

*Por lo demás, es interesante consignar que nuestros caminos (el de occidente y oriente) pronto se separaron. La juventud occidental vivió los sucesos de 1968, recorrió el camino de una "politización" cada vez mayor de la conciencia y se enardeció con el marxismo... Nosotros, por el contrario, ahondamos más y descubrimos los valores imperecederos de la cultura, la historia y la ética. Y acabamos familiarizándonos con Dios y con la Iglesia... Así, nuestra liberación empezó con el descubrimiento del pensamiento occidental libre. Y es curioso que, cuando entramos en contacto con el mundo ancho y maravilloso del pensamiento cristiano, no mandamos al diablo al impío Sartre ni al orgulloso Camus. Pese a toda su anti religiosidad, Sartre pudo conducirnos hasta la frontera de la desesperación en que empieza la fe. Su idea **central de que el** hombre en cada segundo de su existencia tiene que tomar una decisión libre, es de hecho una idea cristiana. Porque a Dios le agrada el amor voluntario del hombre, y por respeto a la libre decisión de nuestra voluntad Dios no aniquila el mal en el mundo.*

Todavía fiel a Nietzsche

Para mí, en tanto que existencialista consecuente y rabiosa, durante mucho tiempo no existió el cristianismo. ¿Para qué regresar a los viejos mitos? Pero en mi vida se afianzaba la tendencia a un orgullo cada vez mayor y a una mayor autodestrucción. Siguiendo la línea de Nietzsche yo me tenía por una aristócrata espiritual; es decir, por una persona "fuerte" capaz de dirigir y configurar mi propia vida gracias la decisión de mi libre voluntad. Las gentes "débiles" y vulgares no pueden hacer frente con "nada" a ese reto y escapan del absurdo y sin sentido de la existencia refugiándose unos en la familia, y otros en la política o en la carrera. Oh, cómo los odiaba a todos y qué bien entendía lo de "esclavizar" a los hombres para comprobar enseguida maliciosamente, que todos, tanto varones como mujeres, aman la esclavitud y hasta la buscan.

Entre la intelectualidad más sublime y la miseria más ruin

Dejé de mentir

Entonces aspiraba ya a una vida "íntegra" y consecuente. Me sentía filósofa y dejé de engañarme a mí misma y a los demás. La verdad amarga, terrible y triste, estaba para mí por encima de todo lo otro. Pese a lo cual mi existencia seguía tan desgarrada y contradictoria como antes. Yo sentía un gusto permanente por el contraste y el absurdo, por los imponderables de la vida. También alentaba en mí el esteticismo. Por ejemplo, un día me gustaba mucho ser una alumna "brillante" y con el orgullo de la facultad de filosofía trataba con intelectuales sutiles, asistía a conferencias y coloquios científicos, hacía observaciones irónicas y sólo me daba por satisfecha con lo mejor en el aspecto intelectual. Por la tarde y por la noche, en cambio, me mantenía en compañía de marginados y de gentes de los estratos más bajos, ladrones, alienados y drogadictos. Esa atmósfera sucia me encantaba. Nos emborrachábamos en bodegas y buhardillas. A veces alquilábamos una vivienda simplemente para pasar el rato, tomar una taza de café y después desaparecer.

El primer maestro

Sólo un hombre intentó una vez ponerme una contención. Debo calificarle con todo merecimiento como mi primer maestro. Fue nuestro profesor Boris Michailowitsch Paramonov; era docente eventual en la facultad de filosofía y no pudo permanecer mucho tiempo. Ahora ha emigrado y vive en América. Una vez me dijo:

"¿Por qué intenta usted destruirlo todo?"

- Tania, ¿por qué intenta usted destruirlo todo? ¿No comprende que ese placer destructivo ha sido desde siempre la miseria del pensamiento ruso? Vea usted que vivimos en un mundo en el que el nihilismo ya ha triunfado por completo. No tiene más que acudir al mercado soviético y sólo hallará mostradores vacíos. No hay nada de lo que debería haber en un mercado. En lugar de eso sólo se ve por doquier letreros en rojo que dicen "¡Adelante hacia la victoria del comunismo!", "Un paso adelante y dos para atrás. Lenin", etc. Ahí tiene usted su absurdo tan acariciado. Es algo que ya está creado por los bolcheviques. Por completo. ¿Qué es lo que usted desea agregar todavía?

No sabía qué hacer

Esas palabras me produjeron entonces una impresión profunda. Pero ni Paramonov ni yo sabíamos por entonces como se podía salir de ese círculo infernal y crear vida en lugar de destruirla.

El yoga

Tampoco hallé una salida con mi entusiasmo por las filosofías orientales y por el yoga al que me dediqué después de las horas de estudio. El yoga me permitió sólo el acceso al mundo de lo absoluto, haciendo que mi ojo espiritual

percibiese una nueva dimensión vertical de la existencia y destruyendo mi orgullo intelectual. Pero el yoga no pudo librarme de mí misma. Tenía un cierto carácter científico que a nosotros nos atraía en gran manera: con la ayuda de ejercicios y mediante el conocimiento de determinadas "fuerzas astrales y mentales" se podía apuntar de lleno y de un modo consciente al superhombre.

"Quise convertirme en un dios"

Pero ¿por qué y para qué? A esta pregunta respondía cada uno como más le venía en gana. Yo quería, naturalmente, convertirme en un dios. Yo quería ser la más inteligente y la más fuerte. Deseaba fundirme con el absoluto y sumergirme en la felicidad eterna. Ahora tenía que luchar contra ciertos sentimientos negativos como el odio y la irritabilidad, porque sabía muy bien que "consumen energía" y me arrojan a un plano más bajo de la existencia. Mas el vacío, que desde largo tiempo atrás venía siendo mi sino y me rodeaba de continuo, no estaba aún superado. Al contrario, se hacía cada vez mayor, se convertía en algo místico y amenazador que me angustiaba hasta la locura.

Enloquecía

Me invadió entonces una melancolía sin límites. Me atormentaban angustias incomprensibles y frías, de las que no lograba desembarazarme. A mis ojos me estaba volviendo loca. Ya ni siquiera tenía ganas de seguir viviendo.

Bastantes no superaron ese punto

¿Cuántos de mis amigos de entonces han caído víctimas de ese vacío horroroso y se han suicidado? Otros se han convertido en alcohólicos; algunos están en instituciones para enajenados... Todo parecía indicar que no teníamos esperanza alguna en la vida.

Fue repitiendo el Padrenuestro, como si de un mantra más se tratase

Mi segundo nacimiento

Pero el viento, que es el Espíritu Santo, sopla donde quiere. Cansada y desilusionada realizaba mis ejercicios de yoga y repetía los mantras. Hasta ese instante yo nunca había pronunciado una oración, y no conocía realmente oración alguna. Pero el libro de yoga proponía como ejercicio una plegaria cristiana, en concreto la oración del Padrenuestro. ¡Justamente la oración que nuestro Señor había recitado personalmente! Empecé a repetirla mentalmente como un mantra, de un modo inexpresivo y automático. La dije unas seis veces; entonces de repente me sentí trastornada por completo. Comprendí -no con mi inteligencia ridícula, sino con todo mi ser- que Él existe. ¡Él, ¡el Dios vivo y personal, que me ama a mí y a todas las criaturas,

que ha creado el mundo, que se hizo hombre por amor, el Dios crucificado y resucitado!

Y todo cambió

En aquel instante comprendí y capté el "misterio" del cristianismo, la vida nueva y verdadera. En aquel momento todo cambió en mí. El hombre viejo había muerto. No sólo deje mis valoraciones e ideales anteriores, sino también a las viejas costumbres.

"Empecé a querer... y estaba impaciente por hacer el bien"

Finalmente, también mi corazón se abrió. Empecé a querer a las personas. Inmediatamente después de mi conversión todas las gentes se me presentaron sin más como admirables habitantes del cielo y estaba impaciente por hacer el bien y servir a Dios y a los hombres.

El mundo se transforma

¡Qué alegría y qué luz esplendorosa brotó entonces en mi corazón! El mundo se transformó para mí en el manto regio y pontifical del Señor. ¿Cómo no lo había percibido hasta entonces?

El Espíritu Santo soluciona el conflicto entre libertad y obediencia

Así empezó de nuevo mi vida. Mi redención era algo perfectamente concreto y real; había llegado de modo repentino, aunque la había anhelado desde mucho tiempo atrás, y sólo el Espíritu Santo pudo realizarla en mí, porque sólo Él puede crear una "nueva criatura" y puede reconciliarla con el Eterno. Sólo por Él y su gracia puede solucionarse el conflicto central de la personalidad humana, el conflicto entre libertad y obediencia".

5. ANDRÉ FROSSARSD

André Frossard nació en Francia en 1915. Como su padre, Ludovic-Oscar Frossard, fue diputado y ministro durante la III República y primer secretario general del Partido Comunista Francés, Frossard fue educado en un ateísmo total. Encontró la Fe a los veinte años, de un modo sorprendente, en una capilla del Barrio Latino, en la que entró ateo y salió minutos más tarde "católico, apostólico y romano".

Frossard escribió el **libro de su conversión, Dios existe. Yo me lo encontré**, que mereció el Gran Premio de la literatura católica en Francia en 1969, y que se convertiría en un best-seller mundial.

En 1985 fue elegido miembro de la Academia y trabajó en la Comisión del Diccionario. Muere en París en 1995 a los 80 años, tras haber sido uno de los intelectuales católicos franceses más influyentes de su país en el presente siglo.

El ateísmo en André Frossard y su posterior y repentina conversión se entienden un poco más contemplando su propia familia, como nos lo cuenta él mismo: **"Éramos ateos perfectos, de esos que ni se preguntan por su ateísmo.** Los últimos militantes anticlericales que todavía predicaban contra la religión en las reuniones públicas nos parecían patéticos y un poco ridículos, exactamente igual que lo serían unos historiadores esforzándose por refutar la fábula de Caperucita roja. Su celo no hacía más que prolongar en vano un debate cerrado mucho tiempo atrás por la razón. Pues el ateísmo perfecto no era ya el que negaba la existencia de Dios, sino aquel que ni siquiera se planteaba el problema. (...)

Dios no existía. Su imagen o las que evocan su existencia no figuraban en parte alguna de nuestra casa. Nadie nos hablaba de Él. (...)No había Dios. El cielo estaba vacío; la tierra era una combinación de elementos químicos reunidos en formas caprichosas por el juego de las atracciones y de las repulsiones naturales. Pronto nos entregaría sus últimos secretos, entre los que no había en absoluto Dios.

¿Necesito decir que no estaba bautizado? Según el uso de los medios avanzados, mis padres habían decidido, de común acuerdo, que yo escogería mi religión a los veinte años, si contra toda espera razonable consideraba bueno tener una. Era una decisión sin cálculo que presentaba todas las apariencias de imparcialidad. ¿A los veinte años quiere creer? Que crea. De hecho, es una edad impaciente y tumultuosa en la que los que han sido educados en la fe acaban corrientemente por perderla antes de volverla a encontrar, treinta o cuarenta años más tarde, como una amiga de la infancia... Los que no la han recibido en la cuna tienen pocas oportunidades de encontrarla al entrar en el cuartel...

Karl Marx me fascinaba.

Era un león, una esfinge, una erupción solar. Karl Marx escapaba al tiempo. Había en él algo de indestructible que era, transformada **en piedra, la certidumbre** de que tenía razón. Ese bloque de dialéctica compacta velaba mi sueño de niño. (...)

El domingo era el día del Señor para los luteranos, que a veces iban al templo, y para los pietistas, que se reunían en pequeños grupos bajo la mirada falta de comprensión de otros. Para nosotros era el día del aseo general, en el agua corriente del arroyo truchero, después del cual mi abuelo me friccionaba la cabeza con un cocimiento de manzanilla..."

En Navidad, las campanas de los pueblos cercanos, que no encontraban eco entre nosotros, extendían como un manto de ceremonia sobre la campiña muerta. Nosotros también nos poníamos nuestros trajes domingueros para

ir a ninguna parte (...) Almorzábamos en la mejor habitación, sobre el blanco mantel de los días señalados.

Pero ni el moscatel de Alsacia, ni la cerveza, ni la frambuesa, volvían a la familia más habladora. La comida, más rica que de costumbre, y el abeto, completamente barbudo de guirnaldas plateadas, nada conmemoraban. Era una Navidad sin recuerdos religiosos, una Navidad amnésica que conmemoraba la fiesta de nadie.

Rechazábamos todo lo que venía del catolicismo, con una señalada excepción para la persona -humana- de Jesucristo, hacia quien los antiguos del partido mantenían (con bastante parquedad, a decir verdad) una especie de sentimiento de origen moral y de destino poético. No éramos de los suyos, pero él habría podido ser de los nuestros por su amor a los pobres, su severidad con respeto a los poderosos, y sobre todo por el hecho de que había sido la víctima de los sacerdotes, en todo caso de los situados más alto, el ajusticiado por el poder y por su aparato de represión".

Pero sin tener mérito alguno Frossard, porque Dios quiso y no por otra razón, fue el afortunado en recibir el regalo de la conversión. **El no buscaba a Dios. Se lo encontró:**

"Sobrenaturalmente, sé la verdad sobre la más disputada de las causas y el más antiguo de los procesos: Dios existe. Yo me lo encontré.

Me lo encontré fortuitamente -diría que por casualidad si el azar cupiese en esta especie de aventura-, con el asombro de paseante que, al doblar una calle de París, viese, en vez de la plaza o de la encrucijada habituales, una mar que batiese los pies de los edificios y se extendiese ante él hasta el infinito.

Fue un momento de estupor que dura todavía. Nunca me he acostumbrado a la existencia de Dios.

Habiendo entrado, a las cinco y diez de la tarde, en una capilla del Barrio Latino en busca de un amigo, salí a las cinco y cuarto en compañía de una amistad que no era de la tierra.

*Habiendo entrado allí escéptico y ateo de extrema izquierda, y aún más que escéptico y todavía más que ateo, indiferente y ocupado en cosas muy distintas a un Dios que ni siquiera tenía intención de negar -hasta tal punto me parecía pasado, desde hacía mucho tiempo, a la cuenta de pérdidas y ganancias de la inquietud y de la ignorancia humanas-, **volví a salir, algunos minutos más tarde, "católico, apostólico, romano", llevado, alzado, recogido y arrollado por la ola de una alegría inagotable.***

Al entrar tenía veinte años. Al salir, era un niño, listo para el bautismo, y que miraba entorno a sí, con los ojos desorbitados, ese cielo habitado, esa ciudad

que no se sabía suspendida en los aires, esos seres a pleno sol que parecían caminar en la oscuridad, sin ver el inmenso desgarrón que acababa de hacerse en el todo del mundo. Mis sentimientos, mis paisajes interiores, las construcciones intelectuales en las que me había repantingado, ya no existían; mis propias costumbres habían desaparecido y mis gustos estaban cambiados.

Ese acontecimiento iba a operar en mí una revolución tan extraordinaria, cambiando en un instante mi manera de ser, de ver, de sentir, transformando tan radicalmente mi carácter y haciéndome hablar un lenguaje tan insólito que mi familia se alarmó.

Se creyó oportuno, suponiéndome hechizado, hacerme examinar por un médico amigo, ateo y buen socialista. Después de conversar conmigo sosegadamente y de interrogarme indirectamente, pudo comunicar a mi padre sus conclusiones: era la "gracia", dijo, un efecto de la "gracia" y nada más. No había por qué inquietarse.

Hablaba de la gracia como de una enfermedad extraña, que presentaba tales y cuales síntomas fácilmente reconocibles. ¿Era una enfermedad grave? No. La fe no atacaba a la razón. ¿Había un remedio? No; la enfermedad evolucionaba por sí misma hacia la curación; esas crisis de misticismo, a la edad en que yo había sido atacado, duraban generalmente dos años y no dejaban ni lesión, ni huellas. No había más que tener paciencia.

Se me toleraría mi capricho religioso a condición de que fuese discreto, como lo serían conmigo. Se me rogó que me abstuviese de todo proselitismo en relación con mi hermana menor. Ella se convertiría a pesar de todo al catolicismo, y mi madre también, bastantes años después de ella".

6.- CHESTERTON

Gilbert Keith nació en Londres en (1874-1936) en el seno de una familia de clase media. Chesterton da comienzo a su *Autobiografía* relatando el día, año y lugar de su nacimiento. La forma en la que ofrece esa información permite apreciar su fe en la tradición humana, ya que, en su opinión, sólo a través de ésta se pueden conocer muchas cosas que de otra forma no se podrían saber.

En su juventud se volvió agnóstico «militante».

En 1901 contrajo matrimonio con Frances Blogg, anglicana practicante, quien ayudó en un principio a que G. K. se acercara al cristianismo. La inquietud de Chesterton se puede ver claramente en el siguiente artículo:

«No puedes evadir el tema de Dios, siendo que hables sobre cerdos, o sobre la teoría binominal estás, todavía, hablando sobre Él. Ahora, si el cristianismo es... un fragmento de metafísica sin sentido inventado por unas pocas personas, entonces, por supuesto, defenderlo será simplemente hablar de

metafísica sin sentido una y otra vez. Pero si el cristianismo resultara ser verdadero – entonces, defenderlo podría significar hablar sobre cualquier cosa, o sobre todas las cosas. Hay cosas que pueden ser irrelevantes para la proposición sobre que el cristianismo es falso, pero ninguna cosa puede ser irrelevante para la proposición sobre que el cristianismo es verdadero»'

Luego, con el pasar de los años se acercó cada vez más al cristianismo. Volvió a la religión de su infancia, al anglicanismo. A la idea del superhombre planteada por Nietzsche y seguida por Shaw y Wells respondió con un ensayo titulado **¿Por qué creo en el cristianismo?:**

Si un hombre se nos acerca (como muchos se nos acercarán muy pronto) a decir, "Yo soy una nueva especie de hombre. Yo soy el superhombre. He abandonado la piedad y la justicia"; nosotros debemos contestar: "Sin duda tú eres nuevo, pero no estás cerca de ser un hombre perfecto, porque él ya ha estado en la mente de Dios. Nosotros hemos caído con Adán y nosotros ascenderemos con Cristo, pero preferimos caer con Satán, que ascender contigo".

Aunque sólo hace algunos años que soy católico, sé sin embargo que el problema "por qué soy católico" es muy distinto del problema "por qué me convertí al catolicismo". Tantas cosas han motivado mi conversión y tantas otras siguen surgiendo después... Todas ellas se ponen en evidencia solamente cuando la primera nos da el empujón que conduce a la conversión misma.

Todas son también tan numerosas y tan distintas las unas de las otras, que, al cabo, el motivo originario y primordial puede llegar a parecernos casi insignificante y secundario. La "confirmación" de la fe, vale decir, su fortalecimiento y afirmación, puede venir, tanto en el sentido real como en el sentido ritual, después de la conversión. El convertido no suele recordar más tarde de qué modo aquellas razones se sucedían las unas a las otras. Pues pronto, muy pronto, este sinnúmero de motivos llega a fundirse para él en una sola y única razón.

¡Una catedral! A ella se parece todo el edificio de mi fe; de esta fe mía que es demasiado grande para una descripción detallada; y de la que, sólo con gran esfuerzo, puedo determinar las edades de sus distintas piedras.

A pesar de todo, estoy seguro de que lo primero que me atrajo hacia el catolicismo, era algo que, en el fondo, debería más bien haberme apartado de él.

Recuerdo especialmente ahora estos dos casos: **unos autores serios lanzaban graves acusaciones contra el catolicismo, y, cosa curiosa, lo que ellos condenaban me pareció algo precioso y deseable.**

En el primer caso -creo que se trataba de Horton y Hocking- se mencionaba con estremecido pavor, una terrible blasfemia sobre la Santísima Virgen de un místico católico que escribía: "Todas las criaturas deben todo a Dios; pero a Ella, hasta Dios mismo le debe algún agradecimiento". Esto me sobresaltó como un son de trompeta y me dije casi en alta voz: "¡Qué maravillosamente dicho!" Me parecía como si el inimaginable hecho de la Encarnación pudiera con dificultad hallar expresión mejor y más clara que la sugerida por aquel místico, siempre que se la sepa entender.

En el segundo caso, alguien del diario "Daily News" (entonces yo mismo era todavía alguien del "Daily News"), como ejemplo típico del "formulismo muerto" de los oficios católicos, citó lo siguiente: un obispo francés se había dirigido a unos soldados y obreros cuyo cansancio físico les volvía dura la asistencia a Misa, diciéndoles que Dios se contentaría con su sola presencia, y que les perdonaría sin duda su cansancio y su distracción. Entonces yo me dije otra vez a mí mismo: "¡Qué sensata es esa gente! Si alguien corriera diez leguas para hacerme un gusto a mí, yo le agradecería muchísimo, también, que se durmiera enseguida en mi presencia".

Junto con estos dos ejemplos, podría citar aún muchos otros procedentes de aquella primera época en que los inciertos amagos de mi fe católica se nutrieron casi con exclusividad de publicaciones anticatólicas.

Tengo un claro recuerdo de lo que siguió a estos primeros amagos. *Es algo de lo cual me doy tanta más cuenta cuanto más desearía que no hubiese sucedido. Empecé a marchar hacia el catolicismo mucho antes de conocer a aquellas dos personas excelentísimas a quienes, a este respecto, debo y agradezco tanto: al reverendo Padre John O'Connor de Bradford y al señor Hilaire Belloc; pero lo hice bajo la influencia de mi acostumbrado liberalismo político; lo hice hasta en la madriguera del "Daily News".*

Fui descubriendo cada vez con mayor nitidez, enterándome por la historia y por mis propias experiencias, cómo, durante largo tiempo se persiguió por motivos inexplicables a un pueblo cristiano, y todavía sigue odiándosele. Reconocí luego que no podía ser de otra manera, porque esos cristianos eran profundos e incómodos como aquellos que Nerón hizo echar a los leones.

Creo que estas mis revelaciones personales evidencian con claridad la razón de mi catolicismo, razón que luego fue fortificándose.

Sólo la Iglesia Católica puede salvar al hombre ante la destructora y humillante esclavitud de ser hijo de su tiempo...Jamás la superstición ha revolucionado tanto el mundo como ahora. Sólo después que toda una generación declaró dogmáticamente y una vez por todas, la IMPOSIBILIDAD de que haya espíritus, la misma generación se dejó asustar por un pobre, pequeño espíritu. Estas supersticiones son invenciones de su tiempo -podría

decirse en su excusa. Hace ya mucho, sin embargo, que la Iglesia Católica probó no ser ella una invención de su tiempo: es la obra de su Creador, y sigue siendo capaz de vivir lo mismo en su vejez que en su primera juventud: y sus enemigos, en lo más profundo de sus almas, han perdido ya la esperanza de verla morir algún día.

7.- EDITH STEIN

Nació el 12 de octubre de 1891, en la entonces ciudad alemana de Breslau (hoy Wrocław-capital de la Silesia, que pasó a pertenecer a Polonia después de la Segunda Guerra Mundial). Ella era la menor de los 11 hijos que tuvo el matrimonio Stein. Sus padres, Sigfred y Auguste, dedicados al comercio, eran judíos. Él murió antes de que Edith cumpliera los dos años, y su madre hubo de cargar con la dirección del comercio y la educación de sus hijos. Edith escribió de sí misma que de niña era muy sensible, dinámica, nerviosa e irascible, pero que a los siete años ya empezó en ella a madurar un temperamento reflexivo. Pronto se destacaría por su inteligencia y por su capacidad de estar abierta a los problemas que la rodean.

En plena adolescencia deja la escuela y la religión porque no encuentra en ellas sentido para la vida. Surgen sus grandes dudas existenciales sobre el sentido de la vida del hombre en general, y se percata de la discriminación que sufre la mujer. Desde ahí inicia su búsqueda, motivada por un sólo principio: "estamos en el mundo para servir a la humanidad".

Fue una brillante estudiante de fenomenología, en la Universidad de Gotingen. Husserl la escoge antes que a Martín Heidegger (uno de los filósofos más importantes del siglo XX) para ser su asistente de cátedra. Como mujer, en la época de 1916 esto era un logro impresionante. Partiendo de una personalidad marcada fuertemente por la determinación, la tenacidad, terquedad y seguridad en sí misma, recibió el título de Filosofía de la Universidad de Friburgo.

Siendo una mujer con una personalidad de alta tensión y fuertemente pasional, así como totalmente racionalista y atea, en el fondo mismo de su corazón, la semilla de la generosidad y servicio a la humanidad causaba un profundo cuestionamiento existencial. Fue así que decidió enlistarse en la Cruz Roja como enfermera durante la primera Guerra mundial. Sus palabras fueron: "ahora mi vida no me pertenece. Todas mis energías están al servicio del gran acontecimiento. Cuando termine la Guerra, si es que vivo todavía, podré pensar de nuevo en mis asuntos personales. ¿Si los que están en las trincheras tienen que sufrir calamidades, porqué he de ser yo una privilegiada?"

Todo esto revela la búsqueda de un alma buena, de un alma que en ese momento no conocía a Dios pero que, sin embargo, ante el sufrimiento ajeno, se hace solidaria. **En 1915 recibe la "medalla al valor".**

Judía de nacimiento, abraza la fe católica ya siendo profesora de universidad y reconocida filósofa. Entra en las Carmelitas descalzas y muere víctima de los nazis en Aushwitz.

La filósofa alemana era mártir de modo voluntario, pues se había negado a aceptar varias oportunidades de escapar del convoy de la muerte dejando atrás a sus compañeras carmelitas, incluida su hermana Rosa, y los demás prisioneros judíos a cuyo destino se sentía profundamente unida. Autora de numerosos libros de filosofía, antropología y metafísica, Edith Stein había recibido a lo largo de los años muchas ofertas de ponerse a salvo, desde marchar como profesora a América Latina hasta un cambio de documentación y traslado a un lugar donde nadie la conociese. Canonizada por Juan Pablo II el 11 de octubre, 1998

Consideró su conversión a la fe católica como una conversión también hacia una más profunda identificación con su identidad judía.

Su testimonio ilustra dos temas inseparables: La unidad entre el judaísmo y la fe católica y el valor del sufrimiento.

"Sta. Edith Stein vio en el holocausto un aspecto del sufrimiento expiatorio... un valor redentivo para todo el mundo (y) un vínculo específico entre su sacrificio y la gracia especial necesaria para propiciar la conversión de los judíos". La santa murió con un grupo compuesto casi enteramente de judíos bautizados.

7 CITAS DE EDITH STEIN QUE TODA MUJER DEBERÍA LEER

Con su estilo particular de feminismo, Stein es una voz de los tiempos modernos. Aquí hay una pequeña muestra de lo que puede decir al mundo de hoy:

"Ser una madre significa nutrir y proteger la verdadera humanidad y llevarla a su pleno desarrollo" (El significado del valor intrínseco de la mujer en la vida nacional).

"Toda profesión en la que el alma de una mujer es dueña de sí misma y que pueda ser realizada por el alma de una mujer es una auténtica profesión femenina". (El 'ethos' de las profesiones femeninas).

"El alma de la mujer está moldeada como un refugio donde otras almas puedan desarrollarse". (Los principios fundamentales de la educación de la mujer).

"El alma de la mujer debe ser amplia y abierta a todo lo humano; debe ser sosegada, de modo que ninguna débil llama pueda ser apagada por la tempestad; debe ser cálida, a fin de que la tierna semillas no se congelen; (...)

vacía de sí misma, para que la vida ajena tenga en ella espacio; finalmente, señora de sí misma y de su propio cuerpo, a fin de que toda su personalidad se encuentre en actitud de servicio a toda llamada”. (Los principios fundamentales de la educación de la mujer).

*“Toda mujer que vive a la luz de la eternidad puede cumplir su vocación, independientemente de que sea en el matrimonio, en una **orden religiosa o en una profesión mundana**”. (La espiritualidad de la mujer cristiana)*

“La mujer busca de forma natural abrazar lo que es vivo, personal e íntegro. Cuidar, guardar, proteger, nutrir y promover el crecimiento es su anhelo natural y maternal”. (El ‘ethos’ de las profesiones femeninas).

“[Las mujeres] comprenden no solo con el intelecto, sino también con el corazón”. (Problemas de la educación de la mujer)

8.- NARCISO YEPES

Sencillo y genial al mismo tiempo, Narciso Yepes (1927-1997) personifica un importante capítulo de la historia universal de la guitarra. Las páginas siguientes reflejan su hondura religiosa, y reproducen en su mayor parte **la entrevista que concedió a Pilar Urbano, publicada en el número 149 de la revista Época en enero de 1988.**

Narciso, dígame una cosa con toda sinceridad. ¿Qué es el triunfo para usted?

Me pide sinceridad total, ¿no? Pues así le hablaré. jamás me he preocupado por el éxito, ni por el triunfo, ni por el aplauso... Todo lo que me ha ido viniendo de aceptación, por parte del público o de la crítica, lo he recibido con las mismas dosis de alegría que de humildad. Yo soy humilde de cuna y creo que soy humilde de espíritu. Y en eso no pienso cambiar. Nunca me he envanecido, ni me he endiosado. El éxito no afecta al interior de mi ser. Dicho con más crudeza: mis entrañas no saben qué es la fama. Y eso es bueno. Uno sigue siempre aguijoneado por el instinto de superación. No considero jamás que en nada de lo que hago haya llegado a la cumbre.

Pero usted trabaja con sus partituras y su guitarra para dar esa música a otros...

Sí, ¿y qué?

Luego... está buscando un eco, y que le sea favorable, Yo recreo la música, primero, para mi gozo solitario. Y, sólo después, para darla a oír a los demás. Cuando doy un concierto, sea en un gran teatro, sea en un auditorium palaciego, o en un monasterio, o... tocando sólo para el Papa, como hice una vez en Roma ante Juan Pablo II, el instante más emotivo y más feliz para mí es ese momento de silencio que se produce antes de

empezar a tocar. Entonces sé que el público y yo vamos a compartir una música, con todas sus emociones estéticas. Pero yo no sólo no busco el aplauso, sino que, cuando me lo dan, siempre me sorprende..., ise me olvida que, al final del concierto, viene la ovación! Y le confesaré algo más: casi siempre, para quien realmente toco es para Dios... He dicho «casi siempre» porque hay veces en que, por mi culpa, en pleno concierto puedo distraerme. El público no lo advierte. Pero Dios y yo sí.

Y. ¿a Dios le gusta su música?

¡Le encanta! Más que mi música, lo que le gusta es que yo le dedique mi atención, mi sensibilidad, mi esfuerzo, mi arte..., mi trabajo. Y, además, ciertamente, tocar un instrumento lo mejor que uno sabe, y ser consciente de la presencia de Dios, es una forma maravillosa de rezar, de orar. Lo tengo bien experimentado.

Perdone la humorada, Yepes: es precioso que usted actúe para un espectador divino; pero, si al artista en pleno concierto «se le va el santo al cielo», el público puede pensar que allí está de más... ¡No! ¡Yo toco con los pies bien en el suelo! Yo soy consciente de que hay un diálogo mudo, una corriente mutua de energía que pasa de mí al público y del público a mí. Cuando se tiene el alma llena de fe y de amor, necesariamente se produce esa comunicación. No das notas, das... todo un mundo de evocaciones, de ideas, y de emociones que están entre las notas y en tu mente y en tu corazón y en las yemas de tus dedos. Das... tu vida interior. Al espectador de butaca y al de allá arriba a la vez.

¿Siempre ha tenido usted esa fe religiosa que ahora tiene?

No. Mi vida de cristiano tuvo un largo paréntesis de vacío, que duró un cuarto de siglo. Me bautizaron al nacer, y ya no recibí ni una sola noción que ilustrase y alimentase mi fe... ¡Con decirle que comulgué por primera vez a los veinticinco años! Desde 1927 hasta 1951, yo no practicaba, ni creía, ni me preocupaba lo más mínimo que hubiera o no una vida espiritual y una trascendencia y un más allá. Dios no contaba en mi existencia. Pero... luego pude saber que yo siempre había contado para Él. Fue una conversión súbita, repentina, inesperada... y muy sencilla. Yo estaba en París, acodado en un puente del Sena, viendo fluir el agua. Era por la mañana. Exactamente, el 18 de mayo. De pronto, le escuché dentro de mí... Quizás me había llamado ya en otras ocasiones, pero yo no le había oído. Aquel día yo tenía «la puerta abierta» ... Y Dios pudo entrar. No sólo se hizo oír, sino que entró de lleno y para siempre en mi vida.

¿Una conversión a lo Paul Claudel, a lo André Frossard..., a lo san Pablo? ¡Ah..., yo supongo que Dios no se repite! Cada hombre es un proyecto divino distinto y único; y para cada hombre Dios tiene un camino propio, unos momentos y unos puntos de encuentro, unas gracias y unas exigencias... Y toda llamada es única en la historia...

Dice usted que «escuchó», que «se hizo oír» ..., ¿he de entender, ¿Narciso, que usted, allí junto al Sena, «oyó» palabras?

Sí, claro. Fue una pregunta, en apariencia, muy simple: «¿Qué estás haciendo?» En ese instante, todo cambió para mí. Sentí la necesidad de plantearme por qué vivía, para quién vivía... Mi respuesta fue inmediata. Entré en la iglesia más próxima, Saint Julian le Pauvre. Y hablé con un sacerdote durante tres horas... Es curioso, porque mi desconocimiento era tal que ni me di cuenta de que era una iglesia ortodoxa. A partir de ese día busqué instrucción religiosa, católica. No olvidé que yo estaba bautizado. Tenía la fe dormida y... revivió. Y ya desde aquel momento nunca he dejado de saber que soy criatura de Dios, hijo de Dios... Un hombre con una cita de eternidad que se va tejiendo y recorriendo ya aquí en compañía de Dios. Así como hasta entonces Dios no contaba para nada en mi vida, desde aquel instante no hay nada en mi vida, ni lo más trivial, ni lo más serio, en lo que yo no cuente con Dios. Y eso en lo que es alegre y en lo que es doloroso, en el éxito, en el trabajo, en la vida familiar, en una pena honda como la de que te llame la Guardia Civil a media noche para decirte que tu hijo ha muerto...

Esa noticia, ese desgarró, ¿no le hizo encararse con Dios y... pedirle explicaciones? ¿Lo aceptó a pie firme?

¿Pedirle explicaciones? ¿Por qué iba a hacerlo? Sentí y sigo sintiendo todo el dolor que usted pueda imaginarse..., y más. Pero sé que la vida de mi hijo Juan de la Cruz estaba amorosamente en las manos de Dios... Y ahora lo está aún con más plenitud y felicidad. Por otra parte, Pilar, cuando se vive con fe y de fe, se entiende mejor el misterio del dolor humano. El dolor acerca a la intimidad de Dios. Es... una predilección, una confianza de Dios hacia el hombre.

Dios trata duro a los que quiere santos... Pues... sí. A sí es. Pero no es el trato duro, áspero e insufrible de un todopoderoso tirano, sino..., ¿sabré hacerme entender?, la caricia de un padre que se apoya en su hijo. Y esa caricia... limpia, sosiega y enriquece el alma. Y se obtiene la certeza moral y hasta física de que la muerte ha de ser un paso maravilloso: llegar, por fin, a la felicidad que nunca acaba y que nada ni nadie puede desbaratar... ¡Empezar a vivir de verdad!

Oyéndole hablar puede parecer que en usted no hay, como en todos los mortales, el hombre carnal, el bajo mundo de pasiones, la rebeldía del barro... Se diría que en usted hay una espiritualidad de superhombre, o de superángel, sin lucha, sin tentación, sin caída... ¡y sin tibieza ni rutina! ¿No es demasiado sublime para ser real?

Pues no habré sabido explicarme. ¡Claro que hay tentación! Pero también hay gracia. ¿Rutina, tibieza? Si se nutre a diario la experiencia de vivir estando

al tanto de Dios, no cabe la rutina: Él interpela de continuo con preguntas y con solicitudes nuevas... Y uno va de hallazgo en hallazgo. ¡Nada es igual! Todo es novedad. Ya le dije que Dios no se repite nunca... Ciertamente, yo no le planteo rebeldía a Dios: hacer las cosas bien me cuesta, como a cualquiera. Pero, desde la libertad para decir «No quiero», decido decir «Sí quiero». Porque, además de creer en Dios..., yo le amo. Y lo que es incomparablemente más afortunado para mí: Dios me ama. ¡Cambiaría tanto la vida de los hombres si cayesen en la cuenta de esta espléndida realidad!

Pero el mundo camina en otra dirección... justo la contraria. *Sí. Es tremendo que el hombre, por cuatro cachivaches técnicos que ha conseguido empalmar, se haya creído que puede prescindir de Dios y trate de arreglar esta vida con su solo esfuerzo... Pero ¿qué está consiguiendo? No es más feliz, no tiene más paz, no se siente más seguro, no progresa auténticamente, pierde el respeto a los demás hombres, utiliza mal los recursos creados..., y él mismo es cada vez menos humano. La sociedad tecnificada y postindustrial de este siglo que vivimos ha perdido su norte. Está equivocada. Marcha fuera del camino ...; por eso no avanza verdaderamente. Y esto lo afirmo y, si me lo pone por escrito, lo firmo.*

Otra cuestión: de un tiempo a esta parte, y refiriéndose a terroristas que han asesinado, se dice «no es posible estrechar unas manos manchadas de sangre». Mi pregunta es comprometedora. Yépes, ¿usted daría la mano a un etarra asesino?

Hay manos que se manchan de sangre apretando un gatillo, hay manos que se manchan de sangre provocando una guerra o practicando un aborto... Hay manos que se manchan firmando leyes que van contra la Ley Natural... Pero no hay ninguna mano definitivamente indigna. El hombre, por muy abyecto que sea, siempre está a tiempo para dejar de serlo. Vivir es eso: estar todavía a tiempo.

Supongo, pues, que usted no es partidario de la pena de muerte. *¡En modo alguno! ¿Quién es el hombre para disponer de la vida de otro hombre? Castigo al delincuente, sí. Pero pena de muerte, nunca. Quizás porque soy converso creo más que otros en la capacidad de regeneración y de redignificación del ser humano. Y no se debe cercenar esa posibilidad.*

8.- VITTORIO MESSORI

La conversión de un periodista liberal

Messori (Sassuolo, 1941) periodista y escritor italiano, es considerado como el escritor de temas católicos más traducido del mundo. Sus obras más influyentes han sido “Hipótesis sobre Jesús” (1977) e “Informe sobre la fe” (1987) (entrevista con el cardenal Joseph Ratzinger). Fue el primer periodista en publicar un libro entrevista con Juan Pablo II, que se publicó en un libro

titulado “Cruzando el umbral de la esperanza” (1994). Opus Dei: una investigación (1996).

Es interesante el **relato sobre su propia conversión al catolicismo**. Comenta que vivía como si Dios no existiera, como si la fe fuera algo totalmente ajena e indiferente para él.

Le parecía que la religión era una especie de superstición para engatusar a los ingenuos, para sustentar a los pusilánimes, o bien, un compendio de fábulas o mitologías e incluso para aprovecharse de la cruz como un símbolo político o partidista.

Estos prejuicios tenían sus raíces en algunos antecedentes familiares y regionales, porque Messori procedía de la tradicionalmente anticlerical región italiana de Emilia-Romagna. Eran ideas sembradas de las conversaciones que –desde niño– escuchaba de sus mayores.

Pero un buen día, mientras Messori elaboraba una de sus tesinas finales en la Universidad de Turín, consultó el clásico libro Pensamientos del famoso científico y filósofo francés, Blas Pascal. Siguió con detalle el itinerario de este escrito, y de pronto y sin buscarlo, se encontró imbuido de lleno en el estudio de los Evangelios.

Nunca había tenido la experiencia de leer esos textos de las Sagradas Escrituras, a pesar de que este libro lo había comprado años antes y lo conservaba en su biblioteca. Era evidente que los libros sobre temas espirituales no le interesaban. **Sin embargo, en esta ocasión, la lectura del Evangelio comenzó a hacerle reflexionar sobre su vida y su postura ante Dios.**

Primero dice que se desconcertó, pero luego ocurrió una especie de transformación interior: *“En esos días entré en otra dimensión –describe Messori–, donde todo era claro, luminoso y evidente. No es que tuviera una visión [espiritual], sino que una fuerza irresistible me obligó a mirar la realidad desde el punto de vista de la fe. “Me sucedió que mientras leía los Evangelios, todas mis convicciones, mis prejuicios, mi ‘snobismo’ intelectual, mi libertinaje también sexual, se rompían en pedazos. Fue una experiencia fulgurante y durísima, tierna y violenta a la vez”.*

Pero esta transformación no fue cosa de un instante, como ha ocurrido con otros intelectuales, por ejemplo, al escritor francés André Frossard, sino que esta experiencia narra el periodista que le duró más de un mes.

Comenta Messori: *“Ese estado particular terminó y nunca más se ha repetido en mi vida. Mi temperamento es racional, no místico. ... “Pero aquel empujón propulsor jamás se ha agotado. Y sigo dando gracias al Señor, que me condujo a su camino. “*

“En aquella época, pagué un alto precio desde el punto de vista intelectual y profesional: Galante Garrone –mi antiguo profesor, reconocido intelectual y defensor del laicismo ateo-, cuando supo la noticia de mi conversión, rompió conmigo, desconcertado; mi carrera en aquel mundo elitista y discreto acabó en el momento en que comenzaba.”

“Y simultáneamente (fue uno de los mayores sacrificios) tuve que arreglar mi vida sentimental, que en realidad consistía en un hobby de coleccionista de aventuras mujeriegas”.

Relata con una profunda convicción que esa experiencia lo ha cambiado tanto que, en el fondo, no tiene necesidad de creer, porque en cierto sentido ha visto, ha tocado con la mano las realidades sobrenaturales, y ello le ha conducido a adquirir una certeza absoluta. Incluso llega a afirmar estas reveladoras palabras: *“Si me pusieran una pistola en la sien y me pidieran que abjurara de mi fe, no podría, por respeto a la verdad encontrada”.*

Concluye, con estas bellas palabras, dedicadas a aquéllos que se encuentran en el camino de su conversión espiritual: *“Digamos, sin más, que escribo para los hermanos que avanzan fatigosamente a tientas: acumulo razones para ellos, no para mí. A mí no me sirven y, lo repito, afirmo todo esto con absoluta modestia, temor y temblor”.*

Vittorio Messori actualmente continúa con su brillante carrera en el mundo de la comunicación, pero no deja de sorprender la sencillez y la humildad con la que relata su conversión a la fe cristiana.

*En su último libro publicado en España, el apologeta de la razón Vittorio Messori, es el cazador cazado. Quien entrevistara a los dos últimos Papas para sendos libros, es **ahora interrogado por el vaticanista Andrea Tornielli en un volumen titulado “Por qué creo”.***

–Al comienzo del libro, se le ve muy reticente a abrir su alma en canal, aunque ya está aceptado el reto de enfrentarse a las preguntas de Tornielli. ¿Ha sido tan duro como parece para usted enfrentarse a la sistematización de su vivencia de conversión?

He esperado muchos años antes de responder. Primero porque he escrito 23 libros, todos de investigación religiosa, pero siempre había rechazado contar mi conversión. Mis lectores saben que en mi vida hay un antes y un después. Saben que no he nacido católico y que he tenido una educación muy anticlerical y muy antirreligiosa. Y saben que ahora soy un católico “papista”, ortodoxo, y tienen mucha curiosidad por saber cómo pasó. ¿Por qué? ¿Qué ha sucedido en su vida? Cómo de anticlerical he pasado a ser un católico riguroso en el pensamiento, no tanto en la vida. Porque yo no me presento como un beato. Soy como todos, un pecador que hace muchas cosas incoherentes.

He sido muy celoso de mi vida íntima, no me he animado a contarla. Pero en efecto, la conversión es un misterio y es muy difícil contar un misterio. Mi trabajo está en las palabras, soy periodista y escritor, trabajo con ellas. Pero me resultaba muy difícil encontrar las necesarias para contar este misterio.

Finalmente me decidí a responder no sólo a la petición de los lectores, sino a la de este periodista, este colega, Andrea Torielli, que para mí es el mejor vaticanista italiano, además de un gran periodista y escritor. Ahora me he decidido por primera vez a contarlo porque mi vida está dividida en dos, al pasar del increencia a la fe.

–La edición española del libro “Por qué creo, tiene más de 350 páginas y, pese al impresionante recorrido por la experiencia, sigue quedando una duda. ¿Se puede abarcar la experiencia mística de una persona en letra impresa? ¿Es posible verbalizar todo el cambio intelectual y moral que experimenta un converso?

Este es uno de los motivos por los que siempre había dicho que no. Repito que el misterio es difícil de contar. No soy un místico, no soy un visionario. Siempre he sido una persona muy pragmática, muy concreta, muy racional. Pero, no sé por qué, hubo un periodo en mi vida, de unos dos meses en un verano, donde encontré una nueva dimensión en la que la verdad, que pensaba que no existía en mayúsculas, se me hizo evidente. Está en el Evangelio.

Yo era un buen estudiante, me encantaba estudiar y me preparaba no sólo para ser periodista, sino también profesor universitario y había leído muchísimos libros, pero ese pequeño libro que es el Evangelio no lo había leído. No sospechaba que en él estuviera la Verdad.

Ahora he continuado usando la razón como antes, pero abierto al misterio. Mis maestros me enseñaron a usar la razón pura, pero he descubierto que, usándola, al final de la razón siempre se llega al misterio. En todos mis libros he buscado razonar. No he trabajado la predicación, la espiritualidad, la homilía. Trato de ayudar al lector a razonar sobre la fe y al final, apostar por la veracidad de la fe.

–Aunque su conversión parece ligada también a un “hecho extraordinario”, usted no lo alega como argumento, buscando razones objetivas y fundamentos históricos objetivos para la credibilidad de la Iglesia. ¿Qué opina de la apologética basada no tanto en la racionalidad de la fe como en las experiencias y vivencias individuales?

No hay contradicción entre las dos. La verdad de la fe se comprende razonando y viviendo. Hace cuarenta años de mi “fractura” y en este tiempo he razonado y estudiado mucho, pero sobre todo he vivido y he encontrado que el fruto de mi razonamiento encontraba sentido en la vida completa. El

*Evangelio cuenta que los discípulos preguntaron a Jesús quién era. Él no les da sermones, no les ofrece razonamientos, les decía: “Ven y sígueme”. Ven conmigo, vive conmigo y verás que soy el Mesías. **El cristianismo no es una filosofía, no es una ideología. Es un encuentro de dos personas.***

–En el libro se desprende cierto pesar por el abandono de sus antiguos maestros, los que le introdujeron en el camino del agnosticismo. ¿Se sintió traicionado por quienes defendían la razón como única base posible, cuando esa misma racionalidad es el eje de su llegada a la fe?

Para mí la fe fue una sorpresa. No la buscaba, estaba bien. No tenía ninguna preocupación religiosa. Me bastaba la cultura laicista y racionalista de mis maestros. No deseaba ser católico. La fe no me ha resuelto los problemas de la vida. Al revés, me la complicó. Porque yo venía de una familia no creyente. Estudié en una escuela más que laica, laicista. Me preparé para ser periodista, siempre tuve una gran vocación. Pero periodista de asuntos políticos, sociales y económicos. En mi último año de universidad tenía la vida programada y tuve que cambiar por completo el programa. A mis padres les pareció que me había vuelto loco y mis profesores se mostraron atribulados y decepcionados. Pensaban que “lo mío” tendría que ver con una depresión nerviosa. ¡Cómo un discípulo de nuestro laicismo se puede hacer católico! Fue muy duro, porque uno puede pensar que la fe resuelve todos los problemas.

Por supuesto que estoy muy contento y feliz de tener problemas, pero efectivamente fue una ruptura grande. En todo caso, he tenido la fortuna de trabajar para grandes periódicos como La Stampa, el diario de la FIAT y también con Il Corriere de la Sera. Pero siempre hablando de asuntos religiosos, que es lo contrario que yo pensaba en un principio. Al final encontré mi sitio, pero fue duro cambiar por completo mis planes.

–Vayamos pues con una cuestión de actualidad. ¿Cómo valora que el Tribunal de Derechos humanos de Estrasburgo acabe de sentenciar que las escuelas italianas deben eliminar los crucifijos de las paredes de sus aulas porque su presencia puede perturbar a los niños que no son cristianos?

El concordato entre el Estado Italiano y la Iglesia dice que en las escuelas y tribunales debe estar presente la cruz y está en perfecta sintonía con la Constitución italiana. La decisión me entristece, pero no me escandaliza.

Me entristece porque estos funcionarios [los jueces] no se han enterado de nada porque la cruz desde hace mucho tiempo es más que un símbolo religioso, es un símbolo humano, de la injusticia, del sufrimiento y de la esperanza. La posición laicista sobre el crucifijo es absurda, porque la negación de las raíces cristianas de Europa no es un pecado contra la religión sino contra la historia. Sin san Benito o los papas del medievo no existiría Europa. Es un pecado contra la historia.

No me escandaliza, porque creo que la cristiandad de masas está terminada. Jesús dice que sus discípulos serán siempre un pequeño grupo. No soy un nostálgico de la cristiandad de masas, de la España de la Inquisición, de que el 90 por ciento de la gente vaya el domingo a misa. Creo que, como dice Benedicto XVI, los cristianos debemos descubrir nuestra propia vocación.

–Multitud de sus respuestas concluyen haciendo una defensa del “et-et” (esto y aquello), frente al “aut-aut” (o esto o aquello), como característica esencial del catolicismo: es la idea de que “todo cabe” en la Iglesia, como explicación de su insondable riqueza. Pero ¿dónde está el límite entre lo que cabe dentro de la Iglesia en alguna interpretación, y lo que no cabe por ser contrario a ella?

El principio fundamental del catolicismo, por decirlo en latín, es el “et-et”, frente al principio de la herejía “aut-aut”. Pensemos en el protestantismo, que es un “aut-aut”: O la Biblia, o la tradición. O Jesucristo o la Virgen y los santos. O la gracia o el libre arbitrio. O Cristo o el Papa. La herejía del protestantismo elige o esto o aquello. Mientras que el lema del católico es “lo quiero todo”: el Papa y la Biblia; Jesús y la Madre; la gracia divina y la libertad del hombre: el Evangelio y la Iglesia.

Ahora, creo que el católico debe descubrir esta síntesis de acoger todo lo que es bueno. Esto es muy importante porque hoy hay mucho catolicismo abonado al “aut-aut”. El título de mi próximo libro será “Queremos todo”.

–Es usted un defensor de la racionalidad de la Fe, de la existencia de motivos sólidos y casi científicos para la credibilidad de la Iglesia, y al mismo tiempo un defensor de los milagros, un propagandista de las apariciones de la Virgen... Esto un católico lo entiende bien, pero ¿cómo se lo explica a un ateo?

No existe contradicción entre la fe y la razón. No hay una batalla. La fe es el punto de llegada de la razón usada hasta el final. Estoy muy agradecido de lo que me enseñaron mis maestros universitarios, aunque luego renegaron de mí. Yo no he renegado de ellos, porque me habituaron a usar la razón y ser creyente no significa renunciar a la razón, sino usarla al máximo.

A estos maestros, a los que estimo, les achaco el haber convertido la razón en una ideología, el racionalismo, donde no hay nada más allá de la razón. Han de comprender que hay cosas más allá de la razón, que no están contra ella. Y les animo a usarla hasta el final.

Yo he escrito mucho sobre las apariciones de Lourdes y ahora estoy terminando otro volumen sobre el asunto. Pero no es un libro de explicaciones sobrenaturales, sino que indago sobre el plano histórico las apariciones. Al final, me debo rendir ante el hecho de que la historia investigada a fondo lleva al misterio.

La mitad de mis lectores en Italia son creyentes, y la otra mitad no. La mayoría de estos últimos no están de acuerdo con mis conclusiones, pero siguen con agrado el razonamiento. Lo que trato de demostrar es que el cristiano no es un cretino, no es alguien que renuncia a usar la razón. El cristiano es quien, usando la razón, rompe los muros del racionalismo para llegar a una realidad cierta que es más grande que nuestra propia razón.

Bibliografía

- W.K.C. Guthrie, “*Ha. de la Filosofía*”, ed. Gredos, 1991.
- J, Ferrater Mora, “*Diccionario de Filosofía*”, ed. Ariel, 1994
- José Ramón Ayllón, “*Dios y los naufragos*”, Ed. Belacqua 2002
- José Ramón Ayllón, “*10 ateos cambian de autobús*”, Ed. Palabra 2010
- Fiódor M. Dostoievski, “*Cuentos Completos*, ed. F. C. E. & Siruela, S.A. 2010, Alejandro Jiménez, interpretación.
- T. Goritcheva.” *Hablar de Dios resulta peligroso*” ed. Herder 1988.
- André Frossard, “*Dios existe, yo me lo encontré*”, ed. Rialp 2007
- Nicolás Cárdenas,” *Entrevista a Messori*, Zenit
- Pilar Urbano, “*Entrevista a Yepes*”, publicada en revista *Época* en enero de 1988

